

## **HOMILÍA**

### **NACIMIENTO DE LA MADRE DEL SEÑOR**

***Urgell (ANDORRA), 8 de septiembre de 2023***

Excel·lència Reverendíssima,  
estimats sacerdots, religiosos i religioses,  
distinguides Autoritats,  
germans i germanes en Crist,

L'alegria de l'Església universal que avui celebra el naixement de la Mare del Senyor i Mare nostra, s'uneix a l'alegria de la vostra Església particular pels seus 150 anys de la proclamació de Nostra Senyora de Meritxell com a celeste i materna Patrona de la comunitat nacional d'Andorra.

Maria de Natzaret és veritablement un gran regal que Déu ha fet no solament al poble d'Israel, de la qual és filla, sinó a tots els pobles de la terra i de la història humana.

Por eso estamos alegres, como nos invita a hacerlo el obispo san Andrés de Creta, que escribió: «Precisamente la solemnidad de hoy representa el tránsito de un régimen al otro en cuanto que convierte en realidad lo que no era más que símbolo y figura, sustituyendo lo antiguo por lo nuevo. Que toda la creación, pues, rebose de contento y contribuya a su modo a la alegría propia de este día [...]. Hoy, en efecto, ha sido construido el santuario creado del Creador de todas las cosas, y la creación, de un modo

nuevo y más digno, queda dispuesta para hospedar en sí al supremo Hacedor» (*Sermón 1: PG 97,810*).

Sabemos bien que la Natividad de María está ordenada fundamentalmente al gran servicio de ser la Madre de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Salvador del género humano, por lo que su existencia está unida de manera indisoluble a la de Cristo, forma parte de un único designio de predestinación y de gracia. Dios quiere que el Hijo sea uno de nosotros y para nosotros a través del ministerio maternal de la Virgen, nuestra hermana.

Eso es precisamente lo que nos dice la página del Evangelio de hoy, que nos presenta la genealogía del Mesías. Una página aparentemente árida y lejana en el tiempo, pero cuyo significado y finalidad son muy profundos. Se propone, en efecto, injertar la persona y el misterio de Jesús, el Mesías-Salvador, en la historia humana, insertándolo en el árbol de la dinastía de Israel. Jesús de Nazaret es descendiente, más aún, es la “descendencia” de Abraham (cf. *Ga 3,16*) y de los patriarcas según las promesas, él es también el hijo y heredero del rey David anunciado por los profetas. Enlazando a Cristo Mesías con el pueblo de la Antigua y de la Nueva Alianza está María de Nazaret, “Hija de Sión”, “Madre del Señor”.

Por eso, con la natividad de María, de la que, en «la plenitud del tiempo» (*Ga 4,4*), nacerá Jesús, el Señor, las tinieblas que envolvían y aún envuelven el mundo y la historia, se desvanecen y se alza la aurora, anunciando el Sol de justicia que transfigura y enciende el universo siempre a la espera de la paz y la esperanza: ¡Cristo, nuestro Dios!

Aceptar a María como Patrona y modelo de vida evangélica significa entonces mirar verdaderamente al mundo y a la historia con ojos nuevos, con una mirada distinta.

Lo que de hecho hace “fuerte” a una comunidad nacional es una mirada abierta y penetrante a lo que ocurre en su propia tierra y en el mundo. Es una mirada capaz de ver lo que la maldad, en todas sus trágicas formas, quiere ocultar para que no se vea. Es una mirada capaz de descubrir y acoger a los descartados, a los humillados, a los pobres. Pero también es una mirada que sabe dejar espacio a la novedad y al cambio. Es una mirada capaz de imaginar el futuro como alternativa al presente cuando éste se muestra esclavo de la lógica y de las prácticas de la muerte. Es una mirada que se proyecta más allá de las dificultades y los fracasos. Es una mirada que va más allá del miedo y sus fantasmas. Es una mirada que teje lazos y crea relaciones. Es una mirada que, como dice el Papa Francisco, examina a «una persona de arriba para abajo solamente para ayudarla a levantarse: nada más». Es una mirada evangélica que no excluye a nadie, sino que reconoce a todos el derecho de existir, y de existir y tener una buena vida. Es la mirada de aquel y de aquella que, desde la fe, dicen: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (*Flp* 4,13). Es la mirada del que, desde la fe, frente a su enemigo lo que ve es la posibilidad de la reconciliación. Es la mirada del que, desde la fe, no teme el juicio humano, y emprende el difícil y escandaloso camino del perdón como un nuevo comienzo, un nuevo nacimiento, para sí mismo y para los demás.

Esta mirada que nos hace “fuertes” en la fe y en la humanidad parece condensarse en los ojos grandes, agudos y penetrantes de la imagen de Nuestra Señora de Meritxsell. No es pues casualidad que el pueblo tenga en ella ese punto de referencia que la convierte en Patrona compasiva y solícita de la comunidad nacional. Esos ojos y esa mirada son el tesoro que hay que conservar y transmitir a las nuevas generaciones, para que ellos también puedan sentirse atraídos por aquello que nos hace “fuertes” en el campo de la cultura, la educación, la sociedad, la política y la economía, así como en el campo de la fe conscientemente vivida, practicada y proclamada. Esos ojos y esa mirada, junto con la representación del niño Jesús sobre sus rodillas, son una representación plástica y elocuente del “pacto entre generaciones”, que da vida a las comunidades sociales porque las hace “generativas”; es decir, capaces de “hacer nacer” y de proyectarse hacia el futuro; de “hacer nacer” no el presente del horror y el futuro de la nada, sino el presente de la belleza y el futuro de la esperanza.

Pero es la misma Iglesia universal que hoy celebra el nacimiento de la Madre del Señor la que se siente comprometida a ser una comunidad viva que no se rinde a la esterilidad, sino que “hace nacer”, “genera” el conocimiento y el encuentro con la Santísima Trinidad, la experiencia de la redención y de la salvación, la renuncia a la crueldad y la construcción de la paz.

Estamos, sin embargo, ante un “hacer nacer”, un “generar” que no se producen dentro de un espacio protegido y separado, lejos de lo que causa problemas y miedos. María no nació en un lugar del mundo mágicamente libre de contradicciones y

maldades humanas. Nació en la tierra de Israel, una tierra marcada, como tantas otras —ayer y todavía hoy— por conflictos y enemistades. Por eso la Iglesia, si quiere ser creíble en su ser comunidad viva que “hace nacer” la vida y “genera” el futuro, necesita estar “dentro” de los sufrimientos que surgen de la negación de la dignidad humana y de la dignidad de la creación.

También el relato del descubrimiento, hace muchos siglos, de la imagen de Nuestra Señora de Meritxsell, apunta hacia la misma dirección: su casa debía ser una rosaleda de flores silvestres, contra toda regla, en medio de la nieve y del invierno, como un recuerdo permanente de que la gracia de Dios obra maravillas, ahí donde la mentalidad religiosa que razona mundanamente la ve en cambio ausente o, peor aún, incompatible e interesada en otras cosas. El auténtico progreso civil se mide por la capacidad de generar procesos que sepan “hacer florecer” la dignidad humana y el respeto de cada persona.

Estimats germans i germanes, Maria inicià amb el seu naixement la peregrinació que Déu li havia preparat enmig de la humanitat. Que el seu maternal cor de dona i de fidel deixebia de l'única Paraula que salva, ens faci també a nosaltres, juntament amb ella i com ella, pelegrins; "forts" en la edificació de camins i de projectes de pau que Déu continua pensant i desitjant per la família humana. Que els santuaris dedicats a ella siguin llars d'humanitat, xarxes de protecció i suport per tot home i dona de bona voluntat, així com de cada comunitat i poble desitjós de la "santa inquietud" de "superar" la violència i la mort que volen dominar la història, encara que mai ho aconseguiran. Així doncs,

solament un és el Senyor de la història:el Crist de Déu, font de l'Esperit que dona la vida, el fill de Maria. Ella, la Santa Mare, ens guia cap aquest amable i salvífic Déu fet home en la nostra història, i ens convida a escoltar-lo i acollir-lo amb fe i ferma esperança (cf. Jn 2,5).

Que així sigui,